

Una Semana Santa siempre igual y cada año nueva en una fe siempre viva, ¿Por qué un año de la fe? Porque hay necesidad de reavivar lo que en el bautismo se había recibido. Se quiere hacer como una peregrinación entre esos desiertos del mundo contemporáneo, como son los del materialismo entre esos desiertos del mundo contemporáneo, como son los del materialismo que carcome las raíces de la fe, el relativismo que roba el valor a todo y el nihilismo que es el absurdo de no creer en nada ni en nadie. Para este viaje de fe habrá que llevar consigo lo que es esencial e imprescindible: el agua viva que es Cristo. Con Cristo se abren los ojos para ver el misterio, arde el corazón, se encuentran razones para vivir y para esperar, se comprenden las Escrituras, se transforma la persona y se encuentra a Dios. Sin Cristo se oscurecen los ojos a la luz de la fe, llega el entristecimiento y la desilusión, se sospecha y duda de la revelación, la persona se vuelve insensible a los signos de la fe y se vive en la profunda tristeza de la soledad de sí mismo.



Habrà que trazar nuevos senderos, pero no olvidar nunca que el verdadero camino es siempre Jesucristo. La mies es mucha y las posibilidades inconmensurables. No nos aflijamos por la debilidad, sino que respiremos hondo para emprender con alegrìa una tarea de Evangelio. De ninguna manera estamos en retirada, sino ante horizontes muy elevados y que requieren la responsabilidad de un compromiso ineludible. Los problemas son muchos, las esperanzas de soluci3n muchas más. Casa y espacio para la caridad ha de ser la Iglesia. También sal de la tierra y, ante todo, sacramento y signo de la presencia del Espiritu de Jesucristo en el mundo.

El Papa Francisco, nuestro nuevo Papa, en su primeros discursos y homilias, ha ido dejando caer sobre los surcos de la Iglesia unas semillas de palabras que pueden ser como luces indicadoras de los objetivos generales de su pontificado y el estilo con el que desea trabajar para alcanzarlos.

Primero se escuchó decir, al Papa Francisco, que se había de caminar en la presencia de Dios y de forma irresponsable. Sin detenerse. Después, edificar sobre aquella piedra angular que es el mismo Señor. Y confesar. Pues si no damos testimonio de Jesucristo, no seremos Iglesia. Y con la cruz a cuestas, que en ello hemos de ser reconocidos como cristianos.

Ni amargura ni pesimismo, pero con un profundo sentido de la responsabilidad que nos corresponde. Tendiendo puentes entre la unidad y la diferencia, que esto es armonía en el Espiritu del Señor. Servir al Evangelio con renovado amor para llevar al hombre el encuentro con Jesucristo.

A cuantos estabamos en la plaza de San Pedro, tanto en el rezo del Ángelus, como en la celebraci3n de inicio del ministerio del nuevo Papa, nunca se nos olvidarán aquellas palabras sobre la misericordia y la ternura. "Un poco de misericordia haría al mundo menos frío, más justo".

Y custodiar, que es tanto como tomar como propia la obligaci3n del bien cuidar a los demás. Hacerlo con discreci3n y humildad, con esmero y amor, con atenci3n constante y fiel a las disposiciones de Dios, con respecto a todas las criaturas, especialmente las más frágiles. "Vigilar sobre nuestros sentimientos, nuestro coraz3n, porque ahí es de donde salen las intenciones buenas y malas; las que construyen y las que destruyen. No debemos tener miedo a la bondad, más aún, ni siquiera a la ternura..., que no es la virtud de los débiles, sino más bien todo lo contrario; denota fortaleza y capacidad de atenci3n, de compresi3n, de verdadera apertura al otro, de amor".

Las puertas de la esperanza siguen abiertas de par en par. Nunca pueden cerrarse, porque la Iglesia existe para llevar a todo el mundo el mensaje de salvaci3n que recibió de Jesucristo. Los gestos y palabras del nuevo 7

Papa han fortalecido nuestra fe y la están llenando de la alegrìa de saber que Dios está al lado de su pueblo. Por eso, lo que ahora respiramos y vivimos no es sino el admirable resultado que produce en el coraz3n del hombre el don de la paz.

## LA FAMILIA

¿Y por que viene el Señor montado en una borriquilla?. ¿Y por qué llevamos ramos de olivo en la mano?, ¿Y por qué cantamos y hacemos fiesta?. ¿Y por qué lo van a matar?. Y tantas y tantas preguntas a las que los padres y los abuelos desean responder, ayudándose de lo que saben de Cristo y de lo que quieren a sus hijos y a sus nietos. Las preguntas las hacen los niños, el testimonio de fe los mayores. Pero no solo son estos padres que están tomando de la mano a sus hijos mientras va saliendo de la parroquia de San Pedro Apóstol el paso de la Entrada Triunfal de Jesús en Jerusalén, sino que son los padres de los padres de los padres y los abuelos de los abuelos de los abuelos, los que han ido transmitiendo a sus hijos y nietos los convencimientos más profundos de su fe en Jesucristo. Difícil, creo que casi imposible, sería el querer comprender y vivir la Semana Santa de Daimiel sin tener en cuenta a la familia y todo lo que ella representa en la existencia de cada uno. Han pasado muchos años. Pero tu memoria esta repleta de recuerdos, que son las huellas que el amor y el sufrimiento dejarán en el coraz3n, de aquello que un Domingo de Ramos escuchaste de los labios de tus padres. Y hoy te parece, después de tantos años, que estás sintiendo el calor de la mano de tu madre que aprieta la tuya y te dice, mientras vuelve tu cara para que veas la de Jesucristo: ¡es el Señor, es el Señor! Y tu comprendes que ese Señor es tu hermano del cielo, pues al pasar a tu lado y sabiendo de los sufrimientos que Cristo ha de soportar, has oído a tu madre que decía al Señor, y con inmensa ternura; ¡hijo mío!.

Muchos son los elogios que merece la familia. Siempre nos quedaremos cortos, pues muy hondos y sólidos son los cimientos en los que se apoya una instituci3n que tiene su mejor credencial de validez en el amor de las personas. Sin embargo, hay dos maneras particulares de sufrir. Una está en el pecado, la otra, en el amor. ¡Cuanto darías por tener a los tuyos contigo, aquí en esta Semana Santa, en Daimiel! Hay muchos padres que no han tenido que esperar a que sus hijos se mueran para perderles, se los ha robado la droga, la falta de esperanza, el no tener trabajo, ni casi razones para vivir y para esperar. Pero también hay muchos huérfanos de padres vivos, deambulando de casa en casa y sin saberse dar explicaci3n del porqué ellos sean las víctimas de una rupturas que nunca desearon.